

sitaba en su cauce un sin número de arenas de oro, la variación era utilísima á los turriotas, y muchos se dedicaban á cosechar el valioso metal. Últimamente se formó una gran sociedad por acciones para la explotación de aquella riqueza. Los cambios de curso se anunciaban con hondos murmullos del agua, que parecían salmodia entonada por las invisibles ninfas del río, y desde que sonaba aquella música, los ribereños se preparaban, retirando sus ganados de las peligrosas orillas. En ocasiones, alejábese hasta una y dos leguas de la ciudad; otras se acercaba tanto, que lamía los muros de la Inquisición y de la Fábrica de tabacos, ó se rasaba en los duros sillares del palacio de Pioz. Llevábase muy á menudo los corpulentos árboles que poblaban sus orillas, y se veían hermosas masas de verdura corriendo al través de los campos.

Los chicos juguetones se montaban en las ramas nadantes y navegaban en ellas de una parte á otra. En cambio, las naves que surcaban el río, las potentes galeras de Indias, cargadas de plata, se quedaban en seco, con las hélices enterradas en fango, y era forzoso esperar á que el río volviera á pasar por allí. También solía acarrear el Alcana, de remotos confines, plantas rarisimas, des-

conocidas de los turriotas, y animales exóticos, y aun viviendas con hombres de razas muy diferentes de la nuestra en lengua y color. Los peces le seguían siempre en sus caprichosas mudanzas, y desde que se percibían los primeros acentos de aquel canto de las ninfas acuáticas, se reunían en grandes caravanas con sus jefes á la cabeza, y tomaban el portante antes que mermase el caudal de aguas.

CAPÍTULO IV

De la visita que Diana y Celín hicieron á la capilla del Espíritu Santo.

Ya llegaron la niña de Pioz y su guía á Nuestra Señora del Buen Fin. La puerta principal estaba cerrada. Las esculturas de ella dormían beatíficamente en sus nichos, la cabeza inclinada sobre el hombro. Por indicación del rapáz, dieron la vuelta, tropezando en el desigual piso, hasta acertar con una rinconada donde se veía claridad. Era el postigo de la sacristía. Celín delante, la señorita detrás, entraron, y el chicuelo guia-

ba mostrándose conocedor de los rincones del edificio. Como llegaran á un sitio obscuro, sacó Celín del seno su caja de cerillas y encendió una contra la pared, para alumbrar el tránsito. Cuando había que bajar dos ó tres escalones, alargaba la mano con galantería para que la señorita se apoyase.

Penetraron en una pieza abovedada y rectangular, mal alumbrada por un candilón cuya llama ahumaba la pared. Por un agujero del techo aparecían varias sogas, cuya punta tocaba al suelo. En éste había un ruedo y sobre él un hombre sentado á la turquesca, y entre sus piernas montones de castañas y dos botellas de aguardiente. Era el campanero, maese Kurda, y estaba profundamente dormido, la barba pegada al pecho, dando unos ronquidos que parecían truenos subterráneos. De rato en rato, sin salir de su sopor, conservando los ojos cerrados y la respiración de perfecto durmiente, estiraba el tal los brazos, y agarrando las cuerdas hacía un esfuerzo, cual si quisiera colgarse de ellas. Sonaban allá arriba las campanas con estruendo terrorífico y vibraba todo el edificio como si fuera de metal, mientras se desvanecían y alargaban en el aire las ondas del sonido. Luégo, maese Kurda sepultaba nuevamente la barba en el pecho y se-

guía roncando, hasta transcurrir el tiempo exacto entre un doble y otro.

Celín hizo provisión de castañas, metiéndose por las cuchilladas de su jubón todas las que cupieron, y en seguida indicó á la señorita la puerta que á la iglesia conducía. No tardaron en encontrarse en la nave principal, y respetuosamente pasaron á la capilla del Espíritu Santo. La primera impresión de Diana fué miedo de verse entre tantísimo sepulcro. Descollaba la estatua yacente del Gran Maestro de Pioz, terror de los turcos, y había más allá otra imagen marmórea, barbuda y en pié, mirando terroríficamente con sus ojos sin niñas á todo cristiano que osaba entrar allí. Los sepulcros de los Polvorancas tenían el emblema de la casa, que era un reloj de arena, y en las tumbas de los Píoces campeaba la paloma tutelar de la estirpe. Alumbraban la capilla los cirios encendidos junto á la sepultura de D. Galaor. Casi todos estaban ya en lo último del cabo, y sus pábilos negros se enroscaban como lenguas de la llama bostezante, mientras el lagrimeo de la cera derretida escurría por los blandones abajo, goteando sobre el suelo.

Diana se sintió sobrecogida de respeto y religioso pavor. Sobre la tierra, aún no sentada, que cubría los restos de su novio, ya-

cian las coronas que adornaron el féretro. Leyó las cintas con doradas letras que decían: "¡La oficialidad del tercio de Sicilia á su noble compañero..." Otra: "El Ateneo científico, literario y litúrgico, etc..." Las flores naturales dedicadas por ella se habían ajado ya, y las de trapo exhalaban ingrato aroma de tintes industriales.

Sintió la joven, al arrodillarse, brusco impulso hacia la tierra, como si brazos invisibles desde ella la llamasen y atrajesen. Cayó, boquita abajo; besó el suelo, y aquí dice el ingenioso cronista que siendo la sepultura de secano, ella la hizo de regadío con el caudal fontanero de sus lágrimas. La idea de la muerte se afirmó entonces en su alma, á la manera de una voluptuosidad embriagadora. Ofrecióse á su espíritu la muerte, sucesivamente, en las dos formas eternas. Figurábase primero estar en esencia al lado de su amante, los brazos enlazados con los brazos, las caras juntitas. Pero no podía imaginar esta situación prescindiendo del bulto corpóreo. Sería su cuerpo todo lo sutil é impalpable que se quisiera; pero cuerpo tenía que ser, aunque con sólo medio adarme de materialidad, pues sin éste no podía verificarse el abrazo ni la sensación mútua y recíproca de estar juntos.

La otra forma ideal de muerte consistía en suponerse toda huesos debajo de aquella tierra; el esqueleto de su amante desbaratado y confundido con el de ella, de modo que no se pudiese decir: "este huesito es mío y este tuyo." Revueltas de este modo las piezas, se realizaba mejor el anhelo amoroso de ser los dos uno solo. Los cráneos eran lo único que conservaba personalidad distinta, tocándose los frontales y la mandíbula inferior. Pero esta confusión de huesos no podía la joven concebirla sino admitiendo que los tales huesos debían de tener conciencia de sí mismos, que los cráneos se reconocían pensantes, y que todas las demás piezas óseas, bien barajadas, habían de experimentar la sensación del roce de unas con otras, pues si tal conciencia y sensación no existiesen, la común sepultura no tenía gracia. Estas ideas, sucediéndose con rapidéz en su mente, le produjeron vértigo, el cual vino á parar en desesperación... ¡Que no pudiera ella resucitar al que bajo aquella tierra estaba, darle vida con sus lágrimas y su aliento! Expresaba esta infantil desesperación hiriendo el suelo con las puntas de los piés (no se olvide que estaba boca abajo), y también clavó los dedos en la tierra blanda como queriendo revolverla.

El cronista dice que consideraba á la tierra como á una rival y le arañaba el rostro. Mientras esto pasaba, no se oían en el triste panteón más rumores que el de los suspiros de Diana y el que producía Celín descascarando las castañas para comérselas. Estaba sentado en el escalón del altar, de espaldas á éste, mostrando soberana indiferencia hacia cuanto le rodeaba.

La inconsolable se levantó decidida á abreviar el tiempo que la separaba de la muerte.

—Chiquillo: ahora al río — dijo secándose el de sus lágrimas; y salieron por donde habían entrado, cruzando junto al dormido campanero, que tocó cuando pasaban. Al encontrarse en la calle, Diana dijo á su guía:

—Celín, si te portas bien, te daré más, mucho más de lo prometido. No has de decir á nadie que me has visto, ni que hemos ido al río, ni tienes que meterte en que yo haga esto ó lo otro., Respondió el chico que el Alcana estaba un poquito lejos, y guió por torcida calle, en la cual había una imagen alumbrada por macilento farol. Pasaron por junto al cuartel de la Santa Hermandad, establecido en el desamortizado convento del Buen Fin. En la puerta estaba de centi-

nela un cuadrillero con tricornio y capote. Dejaron atrás la Casa de locos y un barrio de gitanos. Costeando luégo la inmensa mole de la Casa de los Jesuitas, rodeada de sombras, entraron en una plaza enorme con muchísimas horcas, de las cuales pendían los ajusticiados de aquel día. Eran salteadores de caminos, periodistas que habían hablado mal del Gobierno, un judaizante, un brujo y un cajero de fondos municipales, autor de varios chanchullos. Apretaron el paso, y al salir á un lugar más abierto, entre campo y ciudad, notó Diana que la obscuridad menguaba.

—Pero qué, ¿ya viene el día?—dijo á su compañero.—Apresurémonos, hijo, que esto debe concluir antes que amanezca.

Entonces se fijó en Celín, creyendo advertir que su simpático amigo era menos chico que cuando le tomó por guía.

—O es que la claridad agranda los objetos, ó tú, Celinillo, has crecido. Cuando te encontré, tu cabeza no me pasaba de la cintura, y ahora, ahora... Acércate. ¡Jesús, que cosa tan rara!... ¡Qué estirón has dado, hijo! Si casi casi me llegas al hombro.

Celín se reía. Como aumentaba la claridad, Diana creyó observar en las pupilas de su guía algo penetrante y profundo que no

es propio del mirar de los niños. Eran sus ojos negros y de expresión jovial; pero cuando se ponían serios, Diana no podía menos de humillar ante ellos su mirada.

De repente, Celín se restregó sus heladas manos, y recurriendo á la gimnasia para entrar en calor, dió un sin fin de volteretas con agilidad pasmosa. A pesar del estado de su espíritu, la niña de Pioz se echó á reir. Celín se le puso delante, y con picareseo acento le dijo:

—Sé volar.

Para probarlo agitó los brazos y fué de una parte á otra con increíble presteza. Diana no podía apreciar la razón física de aquel fenómeno, y atónita contempló las rápidas curvas que Celín describía, ya rascando el suelo, ya elevándose hasta mayor altura que las puertas de las casas; tan pronto se deslizaba por un pretil ornado de macetas, como se dejaba caer de considerable altura, subiendo luégo por un poste telegráfico y saltando desde la punta de él á un balcón próximo, para deslizarse hacia el suelo, rozando su cuerpo con un farol.

—No te canses, hijo; ya veo que vuelas,—gritó la señorita corriendo hacia él, porque con aquellos brincos fenomenales, Celín se había puesto á considerable distancia.

Avanzaron más, y hallándose junto á unas tapias rojizas que eran las de los corrales de la Plaza de toros, Celín se paró y dijo:

—¿Oyes, oyes? es el río.

—Pero qué, ¿viene hacia acá?

—No; está aquí desde ayer. A la vuelta de esta tapia lo veremos.

—Corramos,—dijo la señorita impaciente.

—Esto debe concluir pronto. Cuidado, hijo, como das cuenta á nadie de lo que me veas hacer.

CAPÍTULO V

Refiérense las increíbles travesuras de Celín, y cómo fueron él y la inconsolable en seguimiento del río Alcana.

Y corrieron tanto, que Diana, fatigada, se detuvo junto á un grueso pilar de sillería. Hallábanse bajo el viaducto del ferrocarril, y pronto, á la luz del naciente día, vieron la fila de pilares y encima el inmenso tubo de hierro por donde el tren pasaba. Diana no podía respirar y tuvo que sentarse; Celín permaneció en pié. Oyóse un ruido lejano y sordo que crecía á cada instante. Era el tren